

FREDERICK DE ARMAS¹

HIPÉRBOLE DE PÚRPURA

... *the days that are no more*
Alfred Lord Tennyson

Era una triste tarde, como lo eran todos los atardeceres, para la atribulada condesa, sentada en su sobrio sillón. Sorbiendo apenas de un té tailandés color rosa, para así olvidar sus penas, su mano, como pajarillo asustado, temblaba al sostener una gran taza de porcelana cuyo delicado diseño exhibía la púrpura de unas flores. Tres, treinta o trescientos días habían transcurrido (ella no quería recordar), desde que había hablado con alma alguna fuera de su mansión de La Habana. Y dentro se sentía sola sin saber cómo hablarles a sus antiguos sirvientes. Ya su gran salón se había convertido en habitación para dos guajiros que llegaron traídos por aquella gentuza que llegaba de la Sierra. Y a sus dos sirvientas, y a su mayordomo los llamaba compañeros. Ellos, como condolidos de los suspiros de la vetusta condesa, seguían sirviéndole como si nada hubiera pasado. Cuando el silencio dolía, la condesa con algo de espaviento se tornaba

¹ Profesor de literatura, crítico y narrador. Inició su carrera académica en *Louisiana State University*, *Pennsylvania State University* y *Duke University*. Desde el año 2000 es catedrático “Andrew W. Mellon” en la Universidad de Chicago. Ha publicado varios libros de crítica sobre Calderón, Cervantes y la literatura española del Siglo de Oro. Es también autor de diversos relatos y de una continuación de *El licenciado Vidriera*, titulada “El licenciado en las Indias o la confesión de la mora” que aparecerá próximamente en *Doce cuentos ejemplares y otros documentos cervantinos*.

a leer una página del *Diario de la Marina*. Pero las funestas noticias la agobiaban de tal manera que dejaba que sus hojas flotaran hacia el marmóreo suelo. Ese día, la señora se detuvo brevemente en un artículo que hablaba de la renuncia de Huber Matos, general en Camagüey que se quejaba de los comunistas. Leyó y releyó, pero decidió que poco le importaba. Nada tenía remedio, e intentarlo sería algo absurdo. Es que, después de que los barbudos se habían apoderado de su ciudad y de su isla a principios de año, la condesa solo añoraba a convivir con los muertos. Un hondo suspiro, que llenó el salón de angelitos, le ayudó a sobrevivir unos minutos más, y mirando a su alrededor, contempló su bello salón, ahora convertido en santuario de un pasado que se deslizaba hacia la nada.

Pensó que tocaban a la puerta. Pero no, era una rama de un árbol de mamey que la llamaba desde la ventana. El jardín de la condesa era inmenso, rodeando toda la casa y cercado por un alto muro. En tiempos pasados, ella se deleitaba cuidando de esta naturaleza arreglada con arte, siempre dándole minuciosas instrucciones a su jardinero, que vivía en una pequeña casa dentro de su propiedad, para que al más mínimo capricho de la condesa, se dedicara a podar ciertos arbustos, plantar un nuevo tipo de rosa en una esquina, o escoger una nueva jaula dorada para un periquillo. Ahora, ella le había rogado al jardinero que dejara crecer todo de forma natural. Ya se mezclaban las rosas con las azucenas; los cardos y ortigas con la rosa blanca; mientras que las múltiples enredaderas trepaban por los árboles, por los muros, por las paredes de la casa, a veces encerrando las ventanas con su verdor. Los periquillos y canarios volaban libremente, quien sabe si extrañando su antigua prisión dorada. Muchos pensaban que esta gran mansión en el Vedado estaba abandonada; que sus dueños, como muchos otros, se habían exiliado en Miami. Pero no, ella seguía allí, con este nuevo jardín como camuflaje, esperando el fin de la tragedia.

Le sonrió una amapola y pensó que divisaba un zapote por el ventanal. La madura fruta le decía que era su tiempo favorito con sabor otoñal. Crezcan, hijos míos, a ustedes y no a otros les pertenece este nuevo mundo. Que los vientos tropicales arrasen con los nuevos gobernantes; que los ríos arrinconen a los rebeldes; y las playas se traguen a los barbudos. Se abanicó, pensando en la brisa que movía las ramas y que penetraba en su gran salón aliviando sus congojas. Pero este abanico que se meneaba rítmicamente en su mano izquier-

da, le recordó su gran colección de antiguos abanicos que avivaban su imaginación con sus leyendas insólitas y que por mucho tiempo habían servido de centro de conversación en los altos círculos de esta ciudad letrada. Tras la vitrina plena de estos delicados objetos, dueños del viento, estaba una mesa donde yacía el libro ya encuadernando y titulado “Historia de un abanico.” Sólo se imprimieron diez copias numeradas, cada una en posesión de íntimos. Era su gran obra de arte, la que no habría podido terminar sin la ayuda de su secretario, de su jovencito amado Fernandito, que la había desechado para irse a pelear con los barbudos. Más allá, atrás de una lámpara barroca que casi no emitía ninguna luz, estaba el sofá violeta que le traía recuerdos de un pasado lejano, lujoso, lujurioso y vano.

El sonido, como si fuera el de un clarín anunciador del apocalipsis, parece que hizo que las puertas del salón se abrieran de par en par. La condesa y sus compañeras observando despavoridas esa doble puerta, y pronto se dieron cuenta de que fue el mayordomo que las abrió de par en par, dejando que entrara una extraña procesión. En una silla de ruedas, un joven, o por lo menos así parecía tras todas sus magulladuras y heridas, estaba sentado en ella más muerto que vivo, y parecía como si no pudiera parar de sangrar a pesar de tantas gasas, vendas y hasta yesos que trataban de remendar sus huesos. Su figura era triste, barbuda, de ensueño y de nostalgia. Lo conducía una enfermera, toda de blanco con una cara tan seca como el mismo desierto. Tras ella, venía un joven todo vestido de miliciano aunque sin barba. Se portaba como si fuera el líder de la procesión.

Y podemos decir que era líder, pues era el antiguo dueño del corazón de la condesa. Mientras que al ver al herido la condesa se había puesto pálida, al ver a su amado y aborrecido Fernandito en traje de barbudo, agarró con su arrugada mano su exótico bastón y casi se irguió de su sillón, la palidez transformada en un rubor que más que vergüenza era signo de indignación. Ese hombre en su casa; ese traidor en su salón. Pero decidió que ya ese joven no era el mismo. Observó que había perdido su gracia al vestirse de miliciano y marchar como un engreído. La juventud no era divino tesoro, era un mal que se debía evitar.

Fernandito mirando el salón, pero no a la condesa, indicó que debían llevar al herido hacia el sofá color violeta. Hacia allá lo condujo la enfermera mientras que el joven miliciano, erguido en el centro

del salón, como si fuera a pronunciar una arenga ante una batalla dijo en una voz mandona, oscura y gruesa que no le pertenecía:

—Ténganse todos y no pronuncien palabra. Yo estoy aquí siguiendo el mandato de mis superiores, y lo que ustedes piensan que están viendo es en realidad un fantasma que está aquí para curarse. Si alguien pensara mencionar la más mínima palabra de lo que está transcurriendo esta tarde, que lo piense otra vez. Sé que hay aquí mujeres murmuradoras. Pero la venganza será mía si pronuncian la primera palabra, pues esa palabra será signo de contrarrevolucionarios, de gusanos que se enfrentan a la revolución, y así serán juzgados. Ni el calabozo sería suficiente castigo, ni la tortura más infame. Desaparecerían para siempre con gritos de agonía.

—¿Qué hace usted en mi casa? ¿Por qué nos trae esta visión de tormento? Nosotras no tenemos nada que ver con usted, señor miliciano —replicó la condesa en una voz tan firme que asombró a sus compañeras. Si causó algún efecto en Fernandito, no lo sabemos. Ni mirando a la condesa el jovencillo continuó:

—Bajo órdenes del consejo militar, les ordeno que cuiden al herido.

Con algo de duda y casi como confesión, añadió —era mi tarea, pero ahora tengo un deber mayor. Y como sonriéndole cruelmente a la condesa le explicó que debía de ir inmediatamente a Camagüey a servir a un gran héroe de la revolución, al que el líder supremo preguntaba ¿voy bien, Camilo?

Fernandito debería partir inmediatamente para ayudar a contener la rebelión y asegurar el encarcelamiento de Huber Matos.

—¿Y qué nos importa a nosotros lo que debe usted hacer? —replicó la condesa pensando que su Fernandito ahora quería enorgullecerse ante ella.

El joven, que ya había perdido su picardía primaveral respondió burlescamente:

—La condesa está enojada. La condesa está triste. ¿Qué tendrá la condesa? Ya la sonrisa parece mueca en esa boca de fresa.

—¿Y qué le importan a usted mis dolores?

No pudiendo contenerse, la condesa se levanta trabajosamente de su butaca y se abalanza hacia una puerta que da al jardín.

Fernandito la mira y se ríe.

—Veo que todavía lleva bien pintados sus labios y que su arrugada cara está bien empolvada. Ya todos esos remedios se prohibirán.

Veremos cómo en realidad es usted, como nunca se me mostró en la cama.

Las palabras de Fernandito cayeron como un latigazo en la espalda de la condesa casi doblegándola. Pero ella continuó su camino, saliendo ahora a su jardín. Apoyándose sobre una solitaria palmera se enfrentó a su antiguo y joven amante. El color oliva de su chaqueta parece que ya desteñía sus ojos y curtía su piel. En su mente, resumió sus nuevas observaciones: Nada quedaba de esos ojos llenos de vida, de esa lustrosa faz, de ese cuerpo de seda y oro que antes tanto apreciaba. Pero sólo dijo:

—Todos cambiamos.

—Y sus famélicos labios señora, ya los veo tan gordos de pintura que más no tiene un inmenso lienzo de Rafael.

Las lágrimas estancadas entre los gruesos párpados de la vetusta condesa ya no pueden retener la tormenta. Para que Fernandito no la vea, se dispone a correr, dejando atrás sus zapatillas y exhibiendo sin quererlo esos blancos y delicados pies. Pero, con tan mala fortuna, que pisa una espina del único arbusto de rosas blancas que queda en su rebelde jardín.

—No se preocupe condesa, me cuida a este chico que le dejo en casa y como premio le traeré algunos de esos perfumes que sirven para embalsamar su cuerpo.

Sin prestarle atención, la condesa veía como la sangre surtía de la pequeña fuente de su pie para empapar a una rosa blanca, dándole nuevos tintes. Sonrió al recordar cómo Venus había pisado una espina parecida y así había creado la púrpura de la rosa. Puede que las palabras de Fernandito todavía la hirieran, pero la diosa le presentaba un signo de su benevolencia; le presentaba la hiperbólica púrpura y la libélula vaga de una nueva visión.

Poco más se dijeron la vetusta condesa y el joven de caza como llevando un azor. Lo que sí podemos afirmar es que días después, al escuchar las noticias de la desaparición de Camilo y de su fiel Fernandito, la condesa no lloró de tristeza ni una vez más en toda su vida. Hasta dicen que una sutil sonrisa se esbozó en la faz de la que fue en su día una bella mujer permaneciendo plantada para siempre como parte de su jardín.

Las malas lenguas dicen que curó al jovencillo en silla de ruedas para que sintiera la púrpura y violeta de su cómodo salón.